

## Highway to Hell o ¿Qué es un ser humano para Milei?

Ariel Pennisi

*nada peor que un joven reaccionario, un tonto que se cree rebelde cuando se pone la gorra*

Anónimo

*La sociedad no existe. Hay individuos, hombres y mujeres y hay familias*

Margaret Thatcher

Si en un buscador virtual –últimamente puesto en el banquillo de los acusados en Estados Unidos por infringir las leyes antimonopólicas– ingresamos el nombre Ayn Rand, aparecen inmediatamente algunas de las frases que formaron parte del dogma de un personaje picaresco, líder de una secta llamada “objetivista”: “El capitalismo no es meramente práctico, sino que es el único sistema moral de la historia.” “El estatismo sobrevive saqueando; un país libre sobrevive por la producción.” “Defendemos el Capitalismo porque es el único sistema orientado hacia la vida de un ser racional.” Autora de textos literarios con una fuerte bajada moral, entre la década del 50 y fines de los 70, publicó también ensayos como “La virtud del egoísmo” (1964), como parte de una batalla cultural contra toda forma de colectivismo, solidaridad social o, como ella misma decía, “altruismo”. Pero, cuando las papas quemaron, con un cáncer de pulmón en ciernes producto de su tabaquismo, se inscribió en el programa de seguridad social Medicare, administrado por el Estado. De ese criadero se conoce el nombre de Murray Rothbard, quien en determinado momento se corrió del abrigo de Rand para iniciar un recorrido propio y dijo sobre esa secta cosas parecidas a las que hoy podríamos decir de Milei, uno de sus principales seguidores: la secta de Rand “promueve la dependencia servil a un gurú en nombre de la independencia; la adoración y la obediencia hacia un líder en nombre de la individualidad de cada persona; y la emoción ciega y la fe en el gurú en nombre de la Razón.”

### *Soberanismo*

Hay un imaginario según el cual, si no hubiera autoridades con una legitimidad suficiente como para posarse por sobre las partes en cuestión, “nos mataríamos entre todos”. Es la prolongación de la locución latina, *homo homini lupus*, que un pensador británico del siglo XVII convirtió en pilar de la principal teoría del Estado moderno. Hoy ese sentido común parece toparse con otra imagen: las autoridades del Estado resultan un obstáculo para una forma de progreso que consistiría en “matarnos” compitiendo. Entonces, para la antropología negativa supuesta en el imaginario estatal, gracias al orden por éste garantizado, resguardamos las formas y las peleas no son tantas como podrían ser y los asesinatos, más allá del sensacionalismo de los medios, son menos aún. Mientras que, para la antropología ingenua, digamos, de los libertarios de derecha (“libertarianos”, como corrige Christian Ferrer, traduciendo a los homónimos estadounidenses), si ese Estado se hiciera a un lado, bastaría poco tiempo para que la expansión de los intercambios y la sumatoria de iniciativas individuales garantizaran la prosperidad a todos aquellos capaces de adaptarse, a cualquiera que tuviera el

“mérito” suficiente; un mérito, claro, siempre establecido por el mercado, es decir, las patronales o las necesidades productivas de quienes poseen mayores volúmenes financieros y de medios de producción. Uno de los puntos ciegos del discurso libertario es su obediencia de partida: quienes se “matan” para hacer mérito no fijan ni los parámetros ni las condiciones de la meritocracia. Otro de sus puntos ciegos libertarianos tiene que ver con un equívoco que resultó central en el discurso kitchnerista: la supuesta antinomia entre el Estado y el mercado. Ya que en la historia concreta el Estado resulta el principal garante de la propiedad privada y, por lo tanto, de la base jurídica del mercado.

Pero no se trata, en esta pasada de revista, de una defensa cerrada, ni mucho menos, del soberano: ¿es el Estado la única forma de conseguir que mantengamos a raya nuestros más agresivos impulsos? En la realidad no ocurre de esa manera. Hay cooperación, hay máscara, hay indiferencia, hay cálculos situados, incluso hay amistad. Y si quisiéramos imaginar alguna figura más sofisticada, hay nuevas instituciones que no solo no se legitiman en la seguridad, sino que se legitiman en la lucha y en la fraternidad, en la curiosidad compartida y en la solidaridad como un asunto práctico. Instituciones educativas, vecinales, deportivas, científicas, de Derechos Humanos. Esa superposición de imágenes de lo colectivo resulta algo más precisa que el mito del Leviatán y sus hombres lobo para definir los avatares sociales de la modernidad. De hecho, el propio *welfare* (Estado de Bienestar) no se corresponde tanto con una teoría económica o con una ideología estatista, como con el empuje de deseos de bienestar y libertad de las clases trabajadoras de fines del siglo XIX y mediados del XX. En ese sentido, el ensañamiento de los pocos seguidores de Milei que echan mano a categorías económicas con la figura de un economista liberal soberanista como Keynes, es ignorante de e irrespetuosa con esas luchas, esas minorías, esas vidas, esos deseos de libertad que configuraron la base de sustentación real y ambivalente del Estado de Bienestar. Lo que no comprenden nuestros liberales emblanquecidos, tan faltos de vitamina D, como de sensibilidad callejera, es que nunca se trató de “modelos” económicos, matemáticos o gubernamentales, sino de vitalidades, relaciones de fuerza, vidas atravesadas por contradicciones, marchas y contramarchas.

El neoliberalismo no es un modelo económico para aplicarlo desde un gobierno determinado, sino el gobierno económico en sí. Pero es necesario comprender la base antropológica y filosófica política sobre la cual se edifican las prerrogativas del neoliberalismo, especialmente, la vertiente austríaca, como parte de un proyecto eminentemente civilizatorio, con capacidad de inscripción en capas del sentido común. Massimo De Carolis, filósofo italiano que desarrolla una antropología filosófica y dedicó su último libro al carácter convencional de las tramas sociales, en relación a la crisis de larga duración de las instituciones modernas (fundamentalmente, el Estado y el mercado), publicó anteriormente un libro titulado *El revés de la libertad. Ocaso del neoliberalismo y malestar en la civilización* (Red Editorial, 2021) que brinda algunas herramientas útiles para comprender los supuestos antropológicos que están en la base del discurso “libertario”. De alguna manera, el intento del último libro de De Carolis (*Convenzioni e governo del mondo*, Quodlibet) por identificar las raíces de la actual espiral de incertidumbre vital que toma al tejido social en tanto tal, y de las encerronas a las que conducen las distintas reacciones, resuena con nuestras propias necesidades sociales y políticas. En tanto, en virtud de un emergente como Milei, el libro anterior, *El revés de la libertad*, contiene interesantes pistas sobre el impopular proyecto civilizatorio del neoliberalismo de los comienzos, allá por las décadas del 30 y 40 del siglo XX, su relación con el victorioso neoliberalismo del Consenso de Washington, entrados los 70, y la hipótesis del progresivo ocaso, por inconsistencia e implosión, del neoliberalismo *real* de nuestros días.

La emergencia del Estado moderno, como decíamos, está asociada al planteo de Thomas Hobbes en el siglo XVII, según el cual, para ponerle freno a la consecución ininterrumpida de las guerras de las cuales era testigo toda Europa, se volvía imperiosa una transformación antropológica radical. El mito muy bien explotado por el pensador británico

indica que el “estado de naturaleza” humana supone una espiral de expectativas negativas respecto de los otros que conduce inevitablemente a la constatación de la locución latina según la cual “el hombre es el lobo del hombre”. Si dos o más personas desearan el mismo bien, la misma gloria, la misma posición, no habría modo de determinar la legitimidad, no habría, más allá de la posibilidad siempre frágil e improbable del consenso, un acuerdo estable, sin una instancia última por encima del método de la guerra. El Estado y, con él, toda la institucionalidad moderna, es el artefacto social que habría operado un cambio en las expectativas y permitido el pasaje del “estado de naturaleza” al “estado civil”, ya que, a partir de la implementación del monopolio de la fuerza por una instancia tercera, los distintos actores sociales correrían con el mismo temor al castigo (con la expectativa de que igual temor sería infundido por el Estado en los demás). Un poder soberano que quita algo de libertad a cambio de algo de seguridad, dicho de manera simplificada. El sujeto de ese sistema de convivencia es el pueblo; así como el sujeto derivado de las prácticas económicas entendidas como sistema autónomo de intercambios sustentados jurídicamente, fue llamado, un siglo más tarde, por otro habitante del Reino Unido “sociedad civil” (“El primer hombre que, después de haber cercado un terreno, tuvo la ocurrencia de decir: Esto es mío...”, al decir de Adam Smith).

Los neoliberales se apoyan en un supuesto antropológico contrapuesto a la tradición hobbesiana, en tanto cambia la relación entre civilización y naturaleza. El Estado aparece como una pura capacidad de imposición (cual señor de la guerra) que interfiere en el “progreso civil”. Es decir, no parten del pasaje ontológico de un estado de naturaleza a un estado civil, sino que presumen un orden espontáneo (natural) de convenciones y consensos, basado en la ventaja recíproca que propiciaría el mercado; en todo caso, apoyado, acompañado, apenas corregido por un Estado reducido a esa función (según Eucken, ordoliberal alemán, un Estado al que solo le cabe custodiar el nuevo orden basado en la competencia). Lo que señala con lucidez De Carolis es el hecho de que, para los neoliberales, especialmente para los austríacos y estadounidenses, la *governance* no es una instancia separada del “estado de naturaleza”, es decir, de la red de convenciones, costumbres e intercambios que forman la trama del mercado, sino que aparece como una forma de coordinación directa surgida del mismo orden convencional.

Se trata de un punto crítico en la teoría neoliberal, ya que ese orden convencional se genera a espaldas de los individuos cuyas interacciones y la libre fluctuación de valores monetarios le darían carnadura. Antes que de “mano invisible”, habría que hablar de un absoluto punto ciego del mercado. Y es justamente ahí donde se cuele como una alucinación la idea de sustituir el ojo avizor de la clase política (“la casta”), la capacidad planificadora y reguladora del Estado, por un gobierno técnico: no tecnocrático, lo que implicaría un nuevo tipo de “casta”, sino tecnológico. Hoy diríamos algorítmico, como si los algoritmos pudieran ocupar el lugar del bastón blanco para esa ceguera constitutiva del mercado. Ahora bien, ¿cuál es el criterio del bastón, hacia dónde se dirige esa utopía? Rebatida la posibilidad de una *voluntad general* o de una imagen determinada del bien común, para los neoliberales solo queda el funcionamiento del sistema de precios, en el fondo, rendimiento puro y duro. Se presume, algo arbitrariamente –si tenemos en cuenta al menos algunos aspectos de la historia de la humanidad– que se puede negar la posibilidad misma del conflicto y de la gracia. Entonces, cada viso conflictivo, la duda y la demora, el don y el tiempo libre son objeto de condena moral por parte de la ansiosa subjetividad neoliberal.

El imperio del algoritmo también tiene su moral. Un personaje llamativo en las pantallas como Milei, más allá de su eficacia estética o comunicacional y su señalamiento que conecta

en parte con un deseo y una rabia popular<sup>1</sup>, tiende a reducir su plataforma a una cuestión moral cada vez que extrema sus argumentos al punto en que pelagra su coherencia interna. Y como ocurre con todo moralismo, hay alguien que se erige en su mayor portador, defensor y propagandista, en este caso, él mismo. Desde ese lugar que él percibe propio, insulta, amenaza, violenta a todo aquel que lo contradiga o piense más allá de “la línea”. La falacia *ad hominem* es el lugar común más recurrente. El espejo se hace presente, pero no para atravesarlo como Alicia, sino para asemejarse a otros grupos políticos actuales o pasados que no dejan de identificar por todas partes ignorantes, deficientes, traidores, enemigos...

La antropología de nuestros libertarios se basa en una combinación de “trascendentalismo moral y positivismo simplista”, tal como reza la crítica de Bookchin al libro de L. Susan Brown, *The politics of individualism*. Ahora bien, la supuesta contradicción moral entre la libertad de acción individual en el cosmos mercantil y la acción impuesta por el Estado en el sistema democrático republicano, se inscribe perfectamente en el paradigma hobbesiano, cuando los teóricos liberales aceptan la protección en última instancia por parte del Estado con su poder de policía. Sin eufemismos: la cercanía histórica, mutua conveniencia o como se la prefiera llamar, entre las fuerzas de seguridad y los actores económicos más poderosos. Los neoliberales no solo no refutan un Estado policial, sino que, en el fondo, lo consideran el único Estado posible. Y, como pretendientes del gobierno, son los principales aspirantes a policía. No es difícil imaginar cómo resolverán la conflictividad...

De Carolis advierte que los neoliberales forcluyen el problema del conflicto, como si la agresividad o la peligrosidad intrínseca que anida siempre como una posibilidad en nuestra especie fuera cosa de algunos individuos o sistemas políticos “conflictivos” y, por ello desviados del “verdadero” estado de naturaleza, ese estado de “cooperación competitiva” con el que sueñan los libertarios. En definitiva, si Hobbes hizo del conflicto el cenit de toda política, omitiendo las potencias colaborativas que también forman parte de nuestra especie, los neoliberales, lejos de resolver el problema del conflicto, lo delegan en una máquina policial alucinada, como la balbuceada por Milei cuando el periodista de la revista *The Economist* le preguntó por su plan de seguridad: “probablemente los problemas de seguridad podrían resolverse mejor con tecnologías inteligentes y sin tanta interferencia del Estado”. Desde la antropología filosófica de pensadores como Paolo Virno o el propio De Carolis, no hay acentuación posible ni en el talante conflictivo del humano ni en su tendencia convencional a ponerse de acuerdo, ni divergencia regulada ni libre convergencia de expectativas. Por el contrario, “deberíamos concluir que su forma primaria es la de “una estructural *bipolaridad* en la que conviven, en estado *potencial*, ambas opciones...” (De Carolis).

Un dispositivo de gobierno o de autogobierno que omita dicha traza antropológica está destinado a provocar un desastre mayor que aquel que pretendía conjurar. Desde ese punto de vista, la institucionalidad tradicional resultó más sensata y efectiva que las fantasmagorías neoliberales. Pero nos toca una época muy particular, ya que el progresivo agotamiento de las instituciones típicamente modernas reencuentra sus problemas de origen en un contexto en el cual, lejos del horizonte de legitimidad con el que contaba entonces, domina la desconfianza y un descontento que tiene a las instituciones del Estado en la mira. En este contexto, la moda libertaria, transversal como toda moda, cuenta con un amplio terreno y oponentes desgastados para darle un sentido a ese descontento, un sentido que no es puramente negativo, sino que cuenta con algo de aventura y, frente al complejo malestar, una expectativa lo suficientemente simplista como para ganar una elección.

---

<sup>1</sup> Christian Ferrer, en una reciente entrevista con Diego Genoud, dijo que las condiciones para un mesianismo se fueron generando como en tiempos de Perón y, más allá de las diferencias evidentes y las especificidades históricas, hoy se puede hablar de un mesianismo que está ahí, disponible, esperando por Milei.

Así como los libertarios consideran que un rasgo históricamente determinado, el individuo racional y maximizador, es la esencia misma de nuestra especie; cuando se refieren a una invariante bioantropológica como la conflictividad potencial entre personas y grupos, la reducen a una cuestión de personas o grupos determinados, como cuando Milei, en la entrevista de la revista *The Economist*, dice: “Las sociedades que no son capaces de convivir en paz necesitan que el Estado arbitre.” El problema de su discurso no es la crítica al Estado –lejos de ser la primera y mucho más lejos de ser la mejor fundada, no será tampoco la última–, el punto es que mediante la crítica al Estado pretende sacarse de encima un problema central: cómo metabolizar la posibilidad siempre presente del conflicto en nuestra especie, en un momento histórico concreto, con unos actores reales. No deja de tirar el agua sucia de la bañera con el bebé adentro. En la mencionada entrevista se refiere a la posibilidad de un gobierno sin Estado, sustituido por tecnología. Ante la pregunta del entrevistador sobre el tipo de tecnología, el candidato trastabilla. Porque, en el fondo, se trata de una conjetura vaga ya presente en algunos de los autores de la primera cohorte neoliberal (en condiciones tecnológicas bien diferentes), mientras que, ahí donde tendría tela para cortar, como es la racionalidad algorítmica actual, desconoce su lógica de funcionamiento. Ese gobierno tecnológico ya existe, no sustituyendo al Estado, pero sí incidiendo sobre las conductas de manera cada vez más pormenorizada y, lejos de incrementar grados de libertad genera mejores condiciones para el control y la dependencia.<sup>2</sup>

De Carolis destaca que los austriacos hablan de una “civilización cuantitativa y computacional”. Nuevamente, el contraste con el soberanismo es radical, ya que la decisión soberana como última instancia legítima, es desplazada por una suerte de automatismo que se volvería costumbre (una recursividad, esta vez, “cibernética”). Según este razonamiento, la recursividad de cálculos y expectativas debería por sí sola volver inocua la instancia de la decisión. La determinación subjetiva de los precios (por vía del accionar independiente y, en cierto grado, inconsciente de los operadores en el mercado) pasaría por referencia objetiva – por medio de una naturalización completa– para los mismos agentes que le dan vida. El propósito neoliberal, según De Carolis, consistiría, en última instancia, en expandir la lógica de una cooperación-competencia *per se*, a tal punto de “alcanzar el momento en que la *civitas humana* se funde en una única máquina social regida por la creación de valor a través de un cálculo automático, un *algoritmo del valor*”. De hecho, y más allá de la cuestión de los precios, las principales formas de sometimiento contemporáneo no operan por técnicas representativas, sino más bien operacionales: para las redes, Big Data, las sociedades de marketing, no constituimos sujetos, sino más bien “una fuente de intercambio y transformación de infomaciones”<sup>3</sup>. Las tecnociencias contemporáneas trabajan sobre la hipótesis de que la persona, como toda unidad viviente, no consisten más que en agregados de elementos, resultando descomponibles y recombinables. Así también, los neoliberales creen que las sociedades son agregados de individuos.

En el libro *Camino a la servidumbre*, Friedrich Hayek construye un maniqueísmo que pone todo gesto de planificación o toda imagen de interés colectivo al borde del totalitarismo. Opone tajantemente competencia a dirección centralizada. Sostiene, como Mises, que el sistema de precios es una maquinaria de procesamiento de información que excedería a una cabeza humana; es decir, que el mercado aparece como una tecnología superadora de la capacidad de cálculo político. Es curioso el hecho de que, siguiendo la línea argumental de los

---

<sup>2</sup> Sobre este punto se pueden leer trabajos como *Tecnoceno*, de Flavia Costa; *Las palabras en las cosas*, de Pablo “Manolo” Rodríguez; *La singularidad de lo vivo*, de Miguel Benasayag, entre otros.

<sup>3</sup> Lazzarato M. *Gobernar a través de la deuda*, Amorrortu, Buenos Aires, 2015.

neoliberales ortodoxos, se plantea un dilema: someterse a las fuerzas incontrolables e irracionales del mercado o someterse al poder igualmente arbitrario de otros hombres (gobierno, Estado). La diferencia principal para Hayek es que el mercado resulta más eficiente en la asignación de los recursos. Desde su planteo, el “interés público” como punto de vista conlleva el autoritarismo hasta el totalitarismo. En cambio, la asunción de la ignorancia de los individuos respecto del funcionamiento de las cosas, los valores y las necesidades no sería un problema si se permite al mercado administrar.

En un famoso capítulo de la serie *Black Mirror*, titulado “Nosedive” se escenifica la hipótesis de una sociabilidad organizada a partir de un sistema de puntajes, a través de los celulares. El puntaje promedio es la carta de presentación de cada usuario frente a la posibilidad de acceso al crédito para la vivienda, la disponibilidad de espacios exclusivos e incluso el trabajo. En una de las primeras escenas, una agente inmobiliaria le recomienda a la protagonista, Lassie, buscar la forma de alcanzar un promedio determinado para ingresar en el programa de “Máximos influyentes”. Mediante el uso de ese sistema de gobierno tecnológico (o anarco-tecnológico), las personas se vuelven juezas unas de otras incidiendo sobre sus puntajes mutuamente en una suerte de interacción impúdica y en ausencia de criterios compartidos. ¿Por qué la vecina, el compañero de trabajo, el empleado de la cafetería o la vieja amiga de la infancia aplican un buen o un mal puntaje? No es claro, pero rápidamente se descubre en todos y cada quien una banal razón calculadora, lo más parecido al humor del individuo maximizador. No hay criterios comunes ni contrato mítico, pero sí una amenaza de fondo: quedarse fuera de las condiciones materiales de reproducción, caerse de la mesa. En ese mundo distópico que no lo es tanto<sup>4</sup>, hasta la más leve afección anímica adquiere un relieve desmesurado. A diferencia de la mirada de manual de primer año de economía que caracteriza a los libertarios, en la hipótesis de la serie las pasiones aparecen, las miserias se cuelan en cada gesto y nada impide que el cálculo permanente conlleve un derrotero de infelicidad palmaria.

Las relaciones parecen depender de la libre elección de cada usuario, pero la circularidad y la tautología dominan esa libertad vaciada. La miserabilidad no se distingue de la justicia, ni el cálculo de la sensualidad. No presenta un totalitarismo asfixiante, ni tiranos caprichosos, en todo caso, el capítulo parece insinuar una hipótesis sobre la tiranía del capricho, es decir, el punto ciego (lo incalculable) en el seno de esa razón calculadora. No hay mecanismo que reúna en una instancia los asuntos comunes, el debate, el conflicto, la catarsis... todo el peso recae sobre cada vida individual, por eso no hay nada más triste que las sonrisas fingidas que muy bien representan las actrices y los actores de la serie. El momento más tenso del capítulo, la bisagra que desencadena la “nosedive” (la caída sinuosa) de Lassie, sucede en el aeropuerto, cuando la protagonista pierde su vuelo y corre el riesgo de no llegar a tiempo para dar el discurso de casamiento de una vieja amiga de la infancia que, siguiendo los consejos de su community manager, la había invitado con la expectativa de mejorar su ya abultado promedio. Lassie se brota y discute con la empleada de la aerolínea. Una situación conflictiva, un simple enojo, provoca la desaprobación manifiesta de todos alrededor, que le aplican puntajes muy bajos. El castigo es inmediato, inodoro como la eficiencia misma. Casi no es necesaria la represión; el agente de seguridad le aplica la quita de un punto entero dejándola al borde del abismo. La continuidad entre el usuario y el funcionario, entre el transeúnte cualquiera y el policía se vuelve patente cuando el arte de lo indirecto expira junto a la legitimidad de las mediaciones.

---

<sup>4</sup> Pennisi, Ariel (2018). “Uma distopia pela metade”, en Bruno Cava y Murilo Duarte Costa Corrêa (2018), *Pensar a Netflix: séries de pop, filosofia e política*, D’Placido (Bello Horizonte), 2018



## ¿Fracaso?

Si en la estructura típicamente moderna del Estado el gobierno se ejerce gracias a su capacidad para contener un rasgo antropológico: la potencialidad de los actos humanos, fundamentalmente, su cara agresiva; en el planteo de los neoliberales no solo no es necesario ni deseable contener el carácter potencial de la acción humana, sino que a partir de ese aspecto antropológico surge un modelo de riesgo, intercambio y felicidad. Entonces, “un aspecto de la naturaleza humana que tradicionalmente se negaba y reprimía como una amenaza para el orden público tiende ahora a convertirse en su fundamento”.<sup>5</sup> De ahí la inversión antropológica que proponen los neoliberales. Por eso decimos que no se trata de simples modelos económicos, sino de una concepción del ser humano que justifica el individualismo metodológico, ético y político y, que, en el fondo, pregona un gobierno económico (incluso economicista) de la vida. Los lugares comunes de la coyuntura, como las consignas monetaristas, la centralidad del déficit fiscal, la “seguridad jurídica” para los capitales, etc., no sólo son enfoques y recetas que fracasaron varias veces, sino que, en el fondo, son banalidades frente a la complejidad negada del animal humano, bicho difícil de domar que, domesticado y sobreadaptado como lo alucinan nuestros libertarios, se vuelve un monstruo aun peor que aquel que se pretendía contener.

Una mirada crítica al soberanismo podría advertir un riesgo como la posibilidad de que sea el Estado mismo el primero en no respetar el contrato, incluso en cometer crímenes aprovechándose quienes lo ocupan de su capacidad para concentrar poder y recursos, abusando de su legitimidad que estaría dada, justamente, por su condición de garante civil ante la amenaza de fondo de retornar al “estado de naturaleza”. Por eso resulta inconsistente que los neoliberales de ayer y los libertarios de hoy, tan críticos del Estado, aparezcan de un modo u otro siempre cercanos a las experiencias en que ese Estado alcanzó su máxima expresión violenta como Estado de excepción o directamente terrorismo de Estado (negado por Milei y Villarruel, su candidata a vicepresidenta).<sup>6</sup>

Los neoliberales en el fondo, no comprenden la diferencia entre soberanismo y comunismo. Esto sucede, en parte, porque la experiencia del socialismo real, los países que se proclamaron comunistas, fueron más estatistas que comunistas. La cuenta pendiente, “todo el poder a los soviets”, es la principal diferencia y lo que permanece como una novedad posible y una alternativa más real que la propuesta neoliberal, a la organización estatista. Pero es claro que la colectivización de bienes, circuitos, posibilidades, representa para los neoliberales, sobre todo para los austriacos, un error y, tal vez, un horror antropológico, en tanto se aleja de su imagen del ser individual y espontáneo. De ahí que, en la realidad se pelean con el soberanismo, al que identifican por sus regulaciones estatales, impuestos, etc., mientras que en su fantasía el enemigo sigue siendo el comunismo, cuya historia pretenden reponer como la historia de un fracaso evidente, aunque en realidad es un cuco más cómodo por inexistente.

Entre los neoliberales que habían confluído en 1938 en el Congreso de Lippmann, en París, existían diferencias importantes, ya que los alemanes de Friburgo, Alexander Rüstow, Walter Eucken, Franz Böhm, entre otros, sostenían funciones del Estado tal como la marcaba la tradición liberal; mientras que los austrohúngaros, Ludwin von Mises, Eugen von Böhm-Bawerk, Friedrich Hayek, entre otros, proponían radicalizar la herencia del *laissez-faire* y apostaban a un orden cósmico espontáneo con institucionalidad propia, llamado mercado, cuya legitimidad estaría dada por el interés individual, racionalidad despojada de tropismos, pasiones, marcas vitales. En el dispositivo neoliberal, el cruce entre autoridad y poder ocurre

---

<sup>5</sup> Massimo De Carolis (2021). *El revés de la libertad. Ocaso del neoliberalismo y malestar en la civilización*. Buenos Aires: Red Editorial.

<sup>6</sup> <https://www.tiempoar.com.ar/politica/dialogo-sobre-el-negacionismo-los-nazis-contaban-cuantos-judios-habian-muerto-de-tifus-y-cuantos-en-la-camara-de-gas/>

en un aparato administrativo que no se arroga la legitimidad del conjunto, sino que se pretende la voz trasparente y técnicamente dotada del orden cósmico surgido de la infinidad de elecciones individuales.

Los ordoliberales alemanes hablaban de “economía social de mercado”; la escuela austríaca utilizaba la noción de “catalaxia”, una especie de cooperación en la rivalidad, en la diferencia, en la asimetría, para referirse a la capacidad de autoregularse del mercado. Su punto de partida es el “óptimo” desarrollado por el economista y sociólogo italiano Vilfredo Pareto, un libertario que bendijo al fascismo y obtuvo por parte de Mussolini un cargo como senador vitalicio. No es casual que en la prolífica obra de Pareto se alternen la racionalidad optimizadora y el residuo “a-lógico”, como anverso y reverso de los vaivenes sociales que, según el caso, justificarían o no el uso de la violencia para encauzar a la sociedad en un sentido funcional y utilitario. Tal vez, la reorientación hacia la sociología, en su caso, tuvo que ver con la percepción, al final de su vida, de la endeblez analítica y teórica que comporta una economía pura.

Pero esa antropología “ingenua” de los neoliberales, que desconoce la ambivalencia de un animal abierto al mundo como el humano, sus múltiples dimensiones (que no se reducen a un proceder utilitario, ni a la acumulación, ni al cálculo) y su historicidad fundamental (que demuestra sociedades de lo más diversas con regímenes económicos más complejos que el dominado por la racionalidad de la ganancia), encuentra límites en la realidad. Su aspiración a la transparencia total es desmentida por los pliegues sociales con sus máscaras y mediaciones, unas veces resguardando, otras ocultando para conspirar. Para los austríacos, el Estado es un artefacto construido en base a la imposibilidad de unos determinados hombres de competir y acordar, es decir, se erige sobre la defeción humana. A esos humanos defectuosos, contraponen un tipo de animal distinto, híper-racional, tan parecido a la inteligencia artificial que debería aspirar a parecerse lo más posible. El momento paroxístico de la utopía conservadora es aquel en que el estado de naturaleza coincide con digitalización total de la experiencia.

Theodor Adorno llamaba a la televisión que le tocó en suerte “un mundo de enanos”. Sin ánimo de injuriar a nadie por su estatura física, Adorno se refería a un régimen sensible, al acostumbramiento de las masas a la pequeñez de esos personajes gritones a escala de la pantalla. Últimamente, nuestro país fue testigo del ascenso del prototipo de “enano” televisivo, potenciado por nuevas redes sociales, donde todo es más pequeño aún, incluso descomponible en ceros y unos. Desde ese castillo de naipes y píxeles, Milei llama “fracasados” a quienes lo critican. Pero no se refiere al fracaso concreto de economistas e intelectuales (incluyendo el fracaso de sus propios asesores que tanto daño hicieron al país hace algo más de dos décadas). Se trata de la pedagogía del fracaso que los neoliberales consideraban una fuerza fundamental para vigorizar el mercado. La idea de que los desheredados, los “perdedores”, los pobres, se pueden educar por el fracaso –siempre atribuido a rasgos personales, culturales o incluso raciales–, presupone un parámetro de éxito que algunos imponen sobre la mayoría.

Colocar al individuo como último depositario del fracaso supone, al mismo tiempo, un nuevo simplismo en el inventario de los neoliberales. Gracias a un pensador que algunos de ellos gustarían adoptar como propio (sobre todo en Estados Unidos), Max Stirner, autor de *El único y su propiedad*, sabemos que no fracasan los individuos, sino las ideas, las épocas, las tendencias... Si profundizáramos en la lectura del filósofo maldito del siglo XIX, descubriríamos que el fracaso abre nuevas dimensiones. Su libro comienza con una frase de Goethe que supo apropiarse: “He fundado mi causa en nada”, y desde ahí asumió el arte de fracasar como una posibilidad a contrapelo de la grandilocuencia, la idolatría, la obediencia, el triunfalismo de ideales que magnifican a un animal inseguro, algo vergonzoso, cuya capacidad de sorpresa es unas veces deleite y otras parálisis. Además, ¿qué tal si es la idea misma de individuo la que fracasa?



Por eso fracasar no tiene nada que ver con “aprender la lección”, como interiorizan los felices adaptados, sino disposición a nuevos posibles, incluso rebeldía contra lo que hace fracasar. “En un artículo titulado ‘El arte y el deseo revolucionario: una aproximación’, publicado por la revista *Confines* en 2012, Eduardo Grüner imagina una serie del fracaso que cose a Samuel Beckett, Orson Welles y William Faulkner a través de un planteo común: el fracaso debe ser alcanzado y supone un determinado esfuerzo. Contrariamente a la moral del éxito, esa suerte de contra-moral del fracaso no parece adoptar un parámetro impuesto ni adaptarse al deseo de éxito burgués, pero tampoco se propone como nueva y reluciente modalidad exitosa bajo la forma de una dudosa victoria moral. Stirner comprendió que, conquistando algún tipo de éxito, se es primero conquistado por un modelo de éxito, aun tratándose del aparentemente más cercano a la propia apuesta”<sup>7</sup>

### *Quid pro quo*

Para nuestros libertarios todo tiene precio, desde un órgano vital hasta un niño, ¿venderían a la madre si lo necesitaran? ¿Sentirán, en el fondo, que sus vínculos, el afecto y la camaradería responden también a algún tipo de transacción comercial? Suena triste y, más allá de la preocupación por las consecuencias de esta primavera adolescente, generan algo de ternura. La prepotencia y la impotencia son anverso y reverso; el cálculo como medida de todo vínculo desemboca en una paranoia incurable, y los recursos del Estado en manos de espíritus dañados, sostenidos en feligresías aferradas a un escueto libreto, solo puede augurar un mal profundo, mayor al que ya soportamos con nuestros cuerpos, porque, a la situación de debilidad económica, de precariedad laboral y social, se añadiría una capa más de desastre, la puesta en riesgo de los pisos de convivencia desde los cuáles podríamos dar la pelea a situaciones espantosas como la actual. Y con la vulneración de ese piso de convivencia cambia también el piso de discusión, descendiendo a niveles más primarios aún, desplazándonos a batallas menos deseables.

Para los apóstoles de la razón calculadora, el precio es información fiable, indicador de realidad, condensación de deseos, pujas y acuerdos. En un artículo académico de Hayek, citado por De Carolis, *The Use of Knowledge in Society* (1945), se dice que en cada precio “está condensado el significado de una determinada cosa en relación con la completa estructura medios/fines”. Los neoliberales presuponen que los precios brindan toda la información necesaria sobre un bien, una necesidad, incluso sobre una idea de felicidad. La radicalización de ese principio lleva a Milei a un *quid pro quo* peligroso, al menos para el medio ambiente y la subsistencia de la vida en el planeta. Cuando el candidato libertario dice: “Una empresa puede contaminar el río todo lo que quiera” porque “Eso, en realidad, habla de una sociedad a la que le sobra el agua, y el precio del agua es cero”, pone como tantas veces el carro delante de los caballos. Cuando insiste en que “el problema en realidad radica en que no hay derechos de propiedad sobre el agua” y que “cuando falte el agua, alguien va a ver un negocio ahí y va a reclamar los derechos de propiedad”, deja ver hasta qué punto esa antropología ingenua en la que fundan los neoliberales su proyecto de civilización tiene como correlato la realidad nada ingenua de algunas acciones humanas (por caso, los grandes capitales responsables de la gran contaminación).

Su razonamiento, más allá de lo pernicioso y descabellado que suena al instinto más básico de conservación de la vida, es radicalmente científico. Es una falacia en sí, una lógica de la inferencia sin más. Su operador lógico es: “por algo será”. La mala fe va de suyo. Como al capricho de unos monos vestidos a la moda de una época, ocupados en acumular las bananas

---

<sup>7</sup> Cangi, Adrián, Pennisi, Ariel (2021). *El anarca (filosofía y política en Max Stirner)*. Buenos Aires: Red Editorial.

del momento escapa el deterioro que provocan de su propio hábitat, eso significa para un mono con peluca (y con navaja), que la contaminación no es un hecho de la realidad. O sea, lo que no es informado por el mercado, es decir, por la formación de valor y precio, no existe. En el fondo, de lo que se trata en la acumulación de inferencias es de acomodar los hechos al modelo, a toda costa. Por eso es fundado el temor a que ese tiránico modelo que reniega de la complejidad de lo real, cuando las papas quemem, se valga de un ejército que, esta vez nada tendrá que ver con un modelo abstracto, sino con “efectivos” militares y policiales.

## *Democracia*

¿Riñe con la democracia la concepción neoliberal? En el prólogo a la segunda edición de *El socialismo...*, en 1932, Mises escribe: “Cuando se afirma que la sociedad capitalista es una democracia de consumidores, se quiere decir con ello que el derecho para disponer de los medios de producción, conferido a los jefes de empresa y a los capitalistas, sólo puede obtenerse por el voto de los consumidores, renovado todos los días en el mercado. (...) En esta democracia no existe igualdad de derecho de voto, es verdad, pero sí el derecho de voto plural.”<sup>8</sup> La palabra “democracia” nuevamente vaciada de capacidad para procesar el conflicto, alimentar la participación desinteresada (es decir, política), garantizar derechos, elaborar imágenes del bien común. Lo curioso, es que, para los libertarios, como dice el anarquista social Murray Bookchin de los anarquistas individualistas, “la toma democrática de decisiones se rechaza por autoritaria”.<sup>9</sup> En cambio, les parece más aceptable la imposición de un régimen cuya ratio última sea el rendimiento, donde los principales agentes económicos cuenten con todas las facilidades para su enriquecimiento ilimitado, incluso si se implementa mediante una dictadura. Como recuerda Dario Gentili en *La crisis como arte de gobierno*, el primer país en adoptar las políticas neoliberales fue la dictadura asesina de Augusto Pinochet en Chile. En abril de 1981, Friedrich Hayek, uno de los preferidos de Milei, declaró al Mercurio de Chile: “Personalmente, prefiero una dictadura liberal antes que un gobierno democrático en el que esté ausente todo liberalismo”, y sostuvo que las personas eran “más libres” en la dictadura de Pinochet que en el gobierno democrático de Allende.

Tampoco fueron ni son democráticos cuando, desde países centrales, emiten dictámenes sobre cómo debe ser la vida en países “en vías de desarrollo” (invadidos, “conquistados”, bloqueados, atacados) según el canon civilizatorio de occidente. Según consigna Escalante Gonzalbo, en la década del 50 el economista inglés Frederic Benham trazó las líneas básicas del enfoque que adoptarían casi todos los neoliberales en relación a los países periféricos: abandonar la diversificación de la producción y los proyectos de industrialización, para concentrarse en la agricultura y los recursos naturales para su exportación. “A Benham le parecía además que los proyectos educativos eran de dudosa utilidad, porque no estaba claro que la educación, aparte de la formación puramente técnica, fuese útil para aumentar la productividad. En todo caso, no tenía duda de que las causas del atraso, y de la pobreza, eran básicamente la sobrepoblación y la preferencia por el ocio (ya se sabe, la pereza de los nativos). Poco después, en 1953, Wilhelm Röpke insistiría en los mismos temas.”<sup>10</sup> Algo rudimentarias esas ideas, al menos, no logran esconder con facilidad el interés de las potencias detrás de esos planteos tan poco liberales.

---

<sup>8</sup> Mises, L. V. (2020). *El socialismo. Análisis económico y sociológico*. Madrid: Unión Editorial.

<sup>9</sup> Bookchin, M. (2019). *Anarquismo social o anarquismo personal. Un abismo insuperable*. Barcelona: Virus.

<sup>10</sup> Gonzalbo Escalante Gonzalbo F. *Historia mínima del neoliberalismo*, El Colegio de México / Turner, Madrid, 2016

## *Demasiado humano*

Estos curiosos liberales se empeñaron además en soslayar las relaciones de fuerza, el lugar de la arbitrariedad y las estampidas irracionales, acrecentando la distancia entre sus “modelos” y un *neoliberalismo real* atestado de monopolios, crecientes corporativismos y otras formas de concentración de poder. Milton Friedland, por ejemplo, primero negó la existencia de monopolios y luego llegó a sostener que si el Estado no interviniera se corregirían por el mero accionar de los mercados. Pero alcanzó el paroxismo al sostener que si hay concentración económica ello se debe a que el mercado encontró ahí mismo la asignación eficiente de los recursos, o sea, como ironiza Escalante Gonzalbo: “el libre mercado funciona incluso cuando no es libre mercado”.<sup>11</sup>

Como sostienen los autores del *Manifiesto de economistas aterrados*<sup>12</sup>, los mercados financieros –desde el punto de vista de su justificación por vías de la “hipótesis de la eficiencia informacional”– se parecen al mercado “sin fricción” de los manuales de economía. La idea de que “la competencia financiera genera precios justos que constituyen señales fiables para los inversores y orienta felizmente el desarrollo económico” se derrumba cada vez que los sacudones y las burbujas financieras que estallan dejan ver el alto grado de arbitrariedad y hasta irracionalidad (si tomamos los parámetros de racionalidad propiamente económicos) de los mercados financieros. Así, la inestabilidad que la lógica desbocada de capital financiero produce en las economías de los países –en algunos, en particular, afectando su relación cambiaria y el incremento de deuda externa– en nada se parece a un equilibrio ni a una forma de eficiencia autoreguladora. De hecho, la acumulación de poder del accionariado subordina tanto la orientación de las inversiones, como el perfil de las empresas y la situación salarial a su exigencia de rendimiento (“un ROE del 15 al 25%”). Con el capital financiero se expresa la máxima brecha entre libertad total de acción de los poseedores y sometimiento hasta la adaptación indefinida por parte de quienes solo cuentan con sus capacidades y posesiones relativas. En tanto el capital pretende la mayor rentabilidad en el menor plazo y nulas regulaciones, el accionariado como personaje histórico que lo encarna vive una suerte de estado de excepción a su favor, los mecanismos del Estado de derecho no lo alcanzan. Y cuando son ellos mismos los que ocupan el Estado...

Gary Becker, el padre de la noción de “capital humano”, en una conferencia de 1992, dice que la seguridad social, por ejemplo, la jubilación para los adultos mayores, atenta contra el incentivo que éstos, en la crianza de sus hijos, tendrían para invertir en su educación; ya que, al existir el sistema solidario que garantiza un ingreso para la vejez, exime a los hijos del cuidado de los padres. El presupuesto es claro: los padres cuidan a sus hijos con el objetivo de que éstos paguen la deuda cuidando a sus progenitores en la etapa de la vejez. Nuevamente, ante la pregunta “¿qué es un humano?”, el abordaje neoliberal, que endiosó al *homo oeconomicus*, prescinde del afecto, siempre gratuito, de las pasiones, siempre pasibles de derivas inesperadas, incluso del carácter cíclico de las vidas, nada homologable a la temporalidad lineal de las inversiones dinerarias. Vacían la antropología humana de cualquier resto deseante, excedentario. Como si el anhelo de riqueza, la competencia, la razón calculadora, no respondieran, en última instancia a una voluntad de poder indomable, a deseos inconfesos –que los nuevos libertarios se sienten hoy en condiciones de gritar a los cuatro vientos– o a la completa ausencia de medida. La diferencia entre el principio de gratuidad y la razón calculadora, es que la primera contempla el cálculo y sus dilemas; mientras que la segunda no entiende su fondo de gratuidad y, por lo tanto, tampoco sabe mucho sobre sí misma.

---

<sup>11</sup> *Ídem.*

<sup>12</sup> Askenazy, P., Coutrot T., Orléan A., Sterdyniak H. *Manifiesto de economistas aterrados*, Pasos Perdidos - Barataria, Madrid, 2010.

## *Salidos del closet*

Como dice Dario Gentili, el orden revelado del mercado y las inferencias que lo custodian no sólo se presenta como el estado de cosas mismas, sino que no deja ver alternativas (“There’s no alternative”, repetía la dama de hierro). Se trata de una utopía conservadora, reduccionista y brutalmente autoritaria. Ahí donde el egoísmo, el individualismo, incluso la avaricia, fueron vividos con cierta vergüenza, pero no discutidos, desmentidos o asumidos como parte de un animal complejo y ambivalente, germinó el deseo de liberar ese sentimiento de una mirada moral (digamos, por izquierda). Como, por otra parte, la imagen de una sociedad que necesita de todos para funcionar y la promesa de un horizonte próspero para el conjunto están quebradas, para mucha gente no hay una contrapropuesta al interés recortado del individuo. Para muchos la exaltación del individualismo, la explicitación del clasismo y la violencia contra diversidades son vividas como una forma de salir del closet.

Estos viejos nuevos planteos se montan sobre el declive de los pactos de la posguerra europea y sus efectos en todo occidente. No se trata solo de una “disminución” del Estado de Bienestar, sino de un cambio completo de función. Si antes el bienestarismo hacía pie en un andamiaje que contribuía a sostener las vidas de personas, familias, grupos, generando una imagen determinada de sociedad y bien común –aun con todas las legítimas críticas por izquierda y la discusión con la apuesta comunista–, los actuales restos de *welfare* no sostienen más la vida colectiva, e incluso pasaron a complementar el desguace de lo público y la fragmentación social, absorbiendo la posibilidad de estallidos o rupturas más profundas y colaborando involuntariamente con el derrotero neoliberal. Se trata del verdadero “Estado bobo”, aquel que concentra todas las culpas y no suma ningún poroto. Por su parte, los neoliberales tienen para los pobres, aparte de palos y balas, su propio proyecto bienestarista, una mendicante renta básica imaginada como asistencialismo vitalicio.

En su *Historia mínima del neoliberalismo*, Escalante Gonzalbo se pregunta a la par del académico británico y ex parlamentario laborista David M. R. Quand, por qué, como alternativa al derrumbe del Estado de Bienestar resulta tentadora para los electores la propuesta neoliberal: “En primer lugar, ofrecía una respuesta simple, clara, inequívoca, para todos los grandes problemas, que contrastaba con la confusión y la oscuridad de las explicaciones vigentes, y ofrecía además una explicación concreta y muy verosímil de los fracasos de los años sesenta y setenta. En segundo lugar, su veta populista resultaba especialmente atractiva en tiempos de crisis: contra la política, contra las negociaciones opacas, contra los intereses creados de corporaciones, profesiones, sindicatos, proponía la simplicidad cristalina del contrato, el mercado, la decisión de los consumidores.” De alguna manera, la caracterización que hace, señala la importancia no sólo del funcionamiento efectivo de un esquema de tipo *welfare* –que, desde nuestro punto de vista, debería orientarse como un ingreso universal de co-gestión popular, a costa de diversas rentas apropiadas hoy por el capital–, sino también de la lectura que se haga de los momentos de debilidad, crisis o fracaso. El “por qué” del agotamiento de un fenómeno o de su interrupción por causas externas, incluso de su implosión, es importante a la hora de discutir la legitimidad y la viabilidad de nuevas apuestas políticas. Si hay una derrota *antes* de la derrota cuando los proyectos populares o progresistas comienzan a parecerse a las derechas, hay otra derrota *después* de la derrota, cuando gana la condescendencia a la hora de producir una interpretación sobre los propios problemas. Hoy la rebeldía y el gesto vital fueron robados como bandera de hinchada rival por quienes estaba en el momento indicado, en el lugar indicado, llámense libertarios, neoliberales o ramplones oportunistas de derecha.

## *Ocaso del neoliberalismo*

¿Cuál es el fracaso del neoliberalismo real? Si asumimos que la destrucción del poder adquisitivo de las mayorías, la desprotección de quienes atraviesan una situación más vulnerable, la ruptura de las tramas solidarias, son una consecuencia bastante lógica de las prácticas neoliberales, no se puede llamar a eso “fracaso”. Al menos, desde el punto de vista de los libertarios, para quienes es natural que existan ganadores y perdedores y, más peronistas que Perón en este punto, la única verdad es la realidad... En ese sentido, cuando De Carolis habla de “ocaso del neoliberalismo”, se refiere al callejón sin salida con el que se encuentran sus promotores según sus propios términos, o, más aun, en relación a su problema central y más constitutivo: la concentración de la decisión en una figura única, en detrimento de la libre elección económica de los individuos.

No es muy difícil constatar que, como sostiene De Carolis, las acciones de los lobbys adquieren un carácter vinculante propio de las instancias de poder que el neoliberalismo *avant la lettre* rechazaría. Los nuevos “señoríos” son cada vez más poderosos que los Estados nacionales, y una vez que la obediencia de los demás actores se transforma en un parámetro de las relaciones de intercambio, forma valor, por lo que el mercado no hará sino reproducir ese esquema, ensanchando la brecha entre quienes pueden y quienes no pueden elegir “libremente”. Solo que no se trata de una obediencia directa a tal o cual actor, sino a una lógica, a una dinámica impuesta con unos pocos beneficiarios, a veces claramente identificables, a veces esquivos a toda visibilidad. A su vez, esta lógica de adaptación a un orden tiende a disminuir el dinamismo social; el acomodamiento conspira contra el aprovechamiento de las potencialidades, la creación de nuevas asociaciones, la generación de nuevos proyectos. Incluso, como ocurre en momentos de efervescencia del mercado, cuando muchos operadores se ven constreñidos a seguir las decisiones de los más poderosos aun considerándolas equivocadas, llega el punto en que todos contribuyen a un resultado catastrófico sin poder identificar responsables –salvo, ese Estado bobo que siempre está ahí para asumir las responsabilidades por el solo hecho de seguir, a duras penas, existiendo.

La hipótesis de De Carolis calibra la encerrona del soberanismo con el callejón sin salida del neoliberalismo. Por un lado, sostiene que el poder soberano, cuya legitimidad dependía de su capacidad para mediar en el conflicto e imponer una cierta idea del bien común por sobre las relaciones de poder convencionales que estructuran la sociedad, “en tanto vértice de una pirámide de relaciones de poder tiende a reforzar, antes que cualquier idea de bien común, la red de relaciones de poder que lo sostienen”. De ese modo, con el paso del tiempo, se termina por homologar la representación de bien común al estado de cosas instituido. “Al fin de cuentas, la *decisión* se revela *convención enmascarada*. Es decir, el predominio de poderes fácticos que se suponía el Estado habría de contrapesar, termina por imponerse bajo la máscara de un sistema republicano y una democracia puramente formal.

Ahora bien, la crítica neoliberal al soberanismo, a un sistema social que concentra la *decisión* sobre las cuestiones comunes en una instancia última como el Estado, tenía como contrapartida la idea según la cual “*todas las elecciones son libres, pro ninguna puede imponerse al resto como medida vinculante*”. Pero en la realidad ocurre que ninguna “elección libre” –siempre para los neoliberales se trata de libertad económica– de un emprendimiento o un individuo se valorizará si no obedece a reglas y convenciones sobre las cuales hay unos actores más poderosos que otros y cuyas decisiones tiene un peso decisivo. “El poder tenderá siempre espontáneamente a concentrarse, rigidizando la movilidad (y movilización) social. El algoritmo se termina asemejando a una decisión vinculante y el dinamismo aparente no es sino

el velo de la reproducción de la rigidez. La convención se revela en la práctica *una decisión enmascarada*.”<sup>13</sup>

Es decir, que la situación ahora es todavía mucho más compleja y cuesta arriba para cualquier aspiración a alguna libertad, ya que, si al poder soberano cabían cuestionamientos por parte de diversos colectivos en lucha por sus derechos y condiciones de vida, apelando, justamente, a la misma idea de legitimidad que sustentaba la existencia del Estado; según la tendencia actual, el ocaso del neoliberalismo, que no es otra cosa que el despliegue impúdico del “neoliberalismo real”, la concentración de la decisión pertenece a los nuevos “señores” del feudalismo global –concepto deliberadamente paradójico–, que se acercan a su ideal: no tener que legitimarse por ninguna idea de bien común. ¿Qué libertad es posible si no se asume el conflicto como dinámica inherente a lo social? ¿De qué libertad se puede hablar si no existen imágenes de lo común que articulen autonomía y solidaridad, formas de vida singulares y asuntos comunes?

Lo problemático del planteo libertario, si lo tomamos en serio, es una incompreensión estructural: que las instituciones que tienen algo que hacer con los asuntos comunes crean umbrales de discusión, donde es posible discutir, incluso luchar por libertades concretas, situadas, palpables y siembre disponibles para ser puestas nuevamente en discusión. En cambio, su propuesta de eliminación de toda mediación que aloje los problemas comunes y se erija en espacio de decisión, regulación y relativa planificación para el conjunto, nos dejaría frente a un estado de cosas lapidario en el que los únicos que pueden hacer realmente lo que quieren son los que ya tienen “lo que quieren” (riquezas, armas y vinculaciones suficientes como para imponerse, etc.). La libertad abstracta que vende Milei tendría consecuencias nada abstractas: el sometimiento concreto de las mayorías, no solo por causa de la actual situación social (que vuelve a los otros candidatos poco apetecibles), sino, además por la eliminación de toda posibilidad de dar, aun en estas circunstancias, alguna pelea que apele o presuponga umbrales de legitimidad asociados a alguna imagen de bienestar social.

Por eso no es menor el guiño negacionista y militarista de la candidata a vicepresidenta Villarruel. Y por eso resulta inquietante que otro de los tercios electorales contenga la imagen de policías y gendarmes haciéndole la venia a la principal responsable del entorpecimiento de la causa por la desaparición forzada seguida de muerte de Santiago Maldonado y de la política que derivó en el asesinato por la espalda por parte de un prefecto a Rafael Nahuel. Quienes hacen la venia, tanto como los que gritan “zurdos de mierda”, los que vandalizan conmemoraciones de desaparecidos, los que tratan a otras personas como merecedoras de la peor vida (es esa la verdadera meritocracia), no abrazan ninguna libertad, buscan más bien una posición de superioridad. Porque los libertarios son, en el fondo, supremacistas. Eso no significa que los porcentajes electorales reflejen tales posicionamientos, pero sí les brindan el paraguas necesario como para sentir que llegó “su momento”.

### *Panfleto*

El economicismo creciente, volvió a los economistas de porte neoliberal líderes de opinión, en tanto logran anudar tecnicismos que ningún lego entiende con ejemplos ridículos, pero por todos comprensibles. Unas veces, acorralados por hechos que los contradicen impiadosamente, se repliegan en razonamientos crípticos, su semblante enojoso es el espejo de la realidad hostil a sus modelos. En cambio, cuando logran ubicarse a la ofensiva de la discusión, en momentos de crisis y fragilidad social, el tecnicismo funciona, a la par de su característica soberbia, como un factor de legitimación de su discurso; sus modelos, que solo

---

<sup>13</sup> De Carolis, M. (2021). *El revés de la libertad...* Op. Cit.



conocen desastres en pasados recientes, una vez retirada la ola de la memoria de corto plazo de las sociedades contemporáneas, encuentran una nueva posibilidad para su deporte extremo: el salto al vacío. En plena década del 90 Domingo Cavallo supo cautivar a los televidentes con veleidades técnicas que explicaba lo bien que estábamos y lo mucho mejor que íbamos a estar, justo cuando la desocupación crecía para llegar al 20 por ciento histórico en 1995. Ese mismo sabiondo Cavallo que en dictadura contribuyó al endeudamiento del país y en democracia usó el poder del Estado para confiscar ahorros de personas que tenían sólo ahorros. Un Cavallo que siempre favoreció a empresas extranjeras y locales, bancos y acreedores contra el interés común y estuvo en los lugares en los que se tomaron decisiones contra la economía argentina, provocando mucho dolor y muertes también: por suicidios o represión. Un Cavallo tuvo a Alberto Fernández en sus filas y hoy aparece como principal inspiración de Milei.

La casta impune de economistas sabiondos no se sonroja cuando pone como ejemplos de neoliberalismo exitoso países como Perú, donde la dictadura asesina de Fujimori aún sigue generando consecuencias, donde el incendio social es permanente, con presidentes suicidados, cuando no presos o incluso actualmente, con una vicepresidenta responsable del asesinato de decenas de manifestantes tras la detención del presidente electo. O Chile, de los casos más evidentes de desigualdad social, precariedad en su infraestructura, dependencia de recursos primarios, cuyo régimen actual fue fundado también por una dictadura. ¿Qué decir del dolarizado Ecuador? Las facilidades que la dolarización brindó al avance narco y, hoy día, un candidato a presidente asesinado y los otros que van a votar con chalecos antibalas o cortinas de plomo... En el Salvador, país en que la mitad de su escasa población trabaja en Estados Unidos, la dolarización fue correlativa de la violencia social que dio la excusa a un empresario electo presidente para volverse un tirano populista de la seguridad, con la exhibición de verdaderos campos de detención que violentan todas las garantías. Es obsceno que se diga que en esos países hermanos sus fórmulas dieron resultado.

Sin embargo, la hipótesis neoliberal no deja de retornar, después de haber recurrido a dictaduras asesinas tiene el tupé de considerar autoritaria cualquier expresión de regulación pública; habiendo provocado estallidos sociales, como por ejemplo 2001 en nuestro país, insisten con sus planes de “estabilización”; tras la catástrofe financiera de 2008, donde quedó en evidencia la fragilidad conceptual de la ingeniería financiera, la mentira de la eficiencia de los mercados, la hipocresía de la “seguridad jurídica” (el documental *Inside Job* es elocuente, las entrevistas a consultores, Ceos y funcionarios son descarnadas), no solo no ponen en duda su ideario, sino que lo agudizan sintomáticamente hasta transformarlo en un credo a prueba de realidad, en tanto sus conclusiones están ya en las premisas, como es el caso de Milei, un verdadero apóstol de lo que fracasó una y mil veces y esperamos frenar antes del Apocalipsis.